

de sus ángeles, que llevan en sus alas un soplo de su aliento creador, como las mariposas se perfuman en las flores y se tiñen en sus matices. Pero esta comunicacion es la comunicacion individual, y el universo necesita una comunicacion universal con Dios. Subiendo á las más altas montañas y bajando á los más profundos valles, viendo el indómito Océano agitado por la tempestad y la trémula gota de rocío suspendida en las hojas de las flores; escuchando el bramido del huracan que se levanta como á derrocar de su asiento el mundo y la mansa brisa que se mece entre las florestas; abarcando con la imaginacion desde el sol que centellea sobre el universo hasta el último grano de polvo escondido en las profundidades maravillosas del mundo invisible; mirando toda la creacion, se ve que de la misma vida participan todos los séres, que en la misma sustancia se empapan todas las cosas, que del mismo aliento se vivifican todos los mundos, que el alma universal llena toda la creacion y con su virtud la alienta y la sostiene. El mundo se comunica con Dios individualmente por medio de los ángeles, esencialmente por medio del alma universal.

Mas ¿y el hombre? ¿qué es el hombre? Ese ángel desterrado que lleva en su mano una lira del cielo, ese pobre viajero que atraviesa senderos sembrados de espinas siempre en pos de una patria celestial que nunca encuentra, ese poeta que

sobre el borde del abismo y bajo el peso del dolor idea séres, finge mundos ¿es un átomo perdido en el torbellino de todas las cosas? Philon muestra bien su naturaleza oriental en lo poco que se para á contemplar al hombre. El alma no tiene una actividad propia, no; Dios trabaja en el alma. La actividad, la fuerza del espíritu, no es más que la actividad, la fuerza de Dios que en ella reside tambien. El alma es vegetal, es animal, es racional. Como vegetal vive cual vive el helecho, como animal se mueve como se mueve la paloma, como racional piensa. Pero el alma para identificarse plenamente con el objeto de su actividad, para llegar al cumplimiento de su destino, necesita unirse á Dios. Y la union del alma con Dios se realiza por medio del entusiasmo, del arrobamiento, del éxtasis que nos hace sacudir los átomos de leve polvo depositados por el mundo en nuestro espíritu, y nos levanta hasta la luz increada, hasta la esencia incomunicable, hasta Dios; porque á medida que el alma sale fuera de sí, entra en su creador y se pierde en el cielo.

La doctrina del mundo, despues de la doctrina del alma, completa todo el sistema de Philon. El misticismo oriental se revela en toda esta parte de su sistema. El mundo sensible tiene un ideal en el mundo inteligible. Este ideal es el Verbo. Pero la materia fué no creada, sino fundada por Dios. El mundo material es una creacion inferior á la

supremacía divina. Así, por ejemplo, los ángeles hicieron nuestro cuerpo y el Verbo nuestra alma. Y las cosas sensibles fueron también obra de arquitectos inferiores al divino Arquitecto. Los seis días de la creación muestran las esferas, las escalas de todos los seres, las grandes gerarquías del universo. Mas para crear el mundo, para combinar sus innumerables sustancias, para enlazar sus formas, se necesitaba una idea superior, tipo invisible de todo lo visible. Y esta idea y este tipo superior, y este ideal, bajo cuya mediación se formó el universo, fué el número. Los números combináronse en seres, los números agregáronse, los números encerraron los filamentos con que se habían de tejer las varias formas que en la creación revisten todos los seres, todos sus innumerables individuos. Sin el número no se hubieran tejido las sustancias, no se hubieran combinado las formas. Así como el Verbo es el ideal absoluto del mundo sensible, los números son los ideales particularísimos de las diversas creaciones derramadas en el universo. Estas son pues, las ideas generales de Philon, estos, ligeramente recordados, los fundamentos de su sistema.

El mundo oriental ha encontrado al mundo griego, le ha visto y le ha amado. Ha sentido que estrechaba contra su seno un hijo de su corazón, que respiraba una esencia perdida de su alma. Ha adivinado que el espíritu humano en su larga pe-

reginación por la tierra, es siempre idéntico á sí mismo, y que ningún pensamiento viene estérilmente al mundo. En aquella filosofía griega maldecida por sus padres, el mundo oriental ha encontrado las consecuencias de sus premisas, el colario fatal de toda su lógica. Conociendo que apegado á su sentido antiguo se perdía irremisiblemente, ha renovado sus sentidos y su alma. Philon preparaba en la escuela esta síntesis de dos mundos, que el Cristianismo realizaba en el cielo y Roma en la tierra. Adoremos, adoremos á la Providencia. La mitad de la historia de la humanidad se hubiera perdido para la otra mitad, sin este esfuerzo supremo del espíritu humano, para ligar, para unir dos continentes enemigos. Son dos suspiros que se penetran, dos almas que se confunden, dos hijos que se encuentran después de haberse herido bajo el techo amoroso de su padre. Philon ha unido pues el espíritu oriental con el espíritu griego. Si habeis fijado la atención un instante en su por mí mal expuesta doctrina, habeis visto que su Dios es hebreo y bíblico; que su Verbo es semi-judío y semi-platónico; que sus ángeles tienen algo de la teogonía de los persas y de las tendencias de la academia; que el espíritu universal que anima al mundo, es puramente estoico; que el alma del hombre es semi-mística y semi-aristotélica; que su creación es persa, india y hebrea á un mismo tiempo; que las formas de la

creacion son esencialmente pitagóricas, y la moral de todo conjunto exenta; de suerte, señores, que en él veis dos mundos que al hablarse no se entienden y confunden, pero que se abrazan y se preparan á identificarse en un mismo pensamiento.

Despues de examinar este movimiento del espíritu humano, ya es fácil de comprender el sincretismo característico de las escuelas gnósticas. Cuando el Oriente y el Occidente se unian; cuando los dioses de todas las teogonías andaban errantes por el mundo; cuando las razas iban como en peregrinacion á Roma á llevarle la sangre de todos los pueblos, cuando el Panteon se abria para recibir las reliquias de todas las religiones; cuando Alejandría llamaba con la voz de sus sabios á todos los pensadores del mundo á refugiarse en sus escuelas; cuando el místico Oriente despertaba de su arrobamiento para aprender en la conciencia de su eterna enemiga, la Grecia, una nueva idea; cuando el espíritu griego se exhalaba de su preciosa ánfora, y derramado por los sucesores de Alejandro se infiltraba en la Palestina, en la Siria, en el Egipto; cuando Platon llevaba á Grecia al pié de los altares orientales á recibir el bautismo de la pristina vida de la humanidad; cuando Aristóbulo y Philon reconocian que el Oriente habia engendrado á Grecia y unen estos dos continentes como el hijo se une al padre;

cuando todo esto sucedia en la conciencia y en el espacio, no es maravilla que naciera una escuela sincrética para unir el Oriente con Grecia, el espíritu cristiano con el espíritu clásico, el génio del maniqueismo con la unidad de Dios; porque todas estas ideas eran el esfuerzo del espíritu humano para encontrar la verdad, secreto de la nueva civilizacion, ley de aquel gran siglo.

El gnosticismo era en verdad un peligro para la idea cristiana, pero al mismo tiempo era un poderoso auxiliar. Era un peligro, y un peligro vivísimo y amenazador, porque intentaba quitar á la verdad cristiana aquel carácter moral y aquella fuerza práctica en que consistian sus principales virtudes; y al mismo tiempo era un poderoso y vivísimo auxiliar, porque reunia todas las ideas, las condensaba, las ofrecia al juicio universal y absoluto de la nueva religion. Como Roma cumplia el gran destino de llevar todos los pueblos delante del Capitolio para que el Cristianismo pudiera más fácilmente convertirlos y bautizarlos, las escuelas gnósticas llevaban todas las ideas, las reunian en presencia del espíritu cristiano para que rechazase las erróneas y admitiese las que podian favorecer sus progresos. Este trabajo del gnosticismo era un doble trabajo de descomposicion y de union. El trabajo de descomposicion era útil á la verdad cristiana porque iba quitando obstáculos en su camino, iba enterrando cadáveres que

podían emponzoñar el aire en su triunfal carrera. El trabajo de recomposición contribuía con su sincretismo de poderoso auxilio para que la idea cristiana lograra recomponer la perdida unidad del espíritu humano. El gnosticismo contribuía también á separar al Cristianismo de las ceremonias antiguas, de los antiguos ritos; porque ofrecía el carácter de una gran oposición al pueblo judío. Pero si todo esto es cierto, no es menos cierto que esa escuela señala en su idea principal, en su carácter más elevado, en su espíritu más propio y más ingenuo, la indecisión, las vacilaciones del espíritu humano, que aún no bien conocedor del Cristianismo, quiere enriquecerlo con los despojos de todos los pueblos, y lo hace místico en Siria, naturalista en Egipto, maniqueo en la Caldea y en Persia, pagano en el mundo clásico; y une á sus sencillas primitivas ideas, á sus dogmas tan propios para alimentar el espíritu humano, á sus ingenuas y candorosas verdades, las gerarquías de sus genios, las milicias de sus dioses, el cortejo de sus espíritus infernales, el horror al mundo sensible, el desprecio al hombre, el entusiasmo por el éxtasis, por el misticismo vago, que petrificando al pié de un bosque oriental la gran idea, le hubiera quitado toda la divina eficacia que en sí tenía para salvar al mundo.

Naturalmente debía acompañar al Cristianismo el nacimiento de estas dos sectas, que cono-

cian muy imperfectamente esta doctrina, y la adulteraban con grandes y continuas adulteraciones. Eran estas sectas como el niño que balbucea una palabra que no entiende. Abrazando el Cristianismo más bien con el sentimiento que con la inteligencia, extremaban sus ideas y viciaban sus tendencias. El Cristianismo, como doctrina verdaderamente celeste, era universal, y como doctrina verdaderamente regenerada, era moral y práctico. El gnosticismo quería arrebatárle estas dos grandes virtudes, que tenían y guardaban el secreto de su poder y de su gloria. Quería hacer de una doctrina universal una doctrina apropiada solo á una región del mundo; de una doctrina moral y práctica, una doctrina mística y exaltada y fantástica. Quería naturalmente el gnosticismo llamar más la atención de los pueblos, distraer las inteligencias de la moral con el espectáculo de una metafísica audaz y varia y brillante, poblar el genio severo del Cristianismo con genios y dioses; atraerse la fé, no por la santidad de sus doctrinas, sino por la fuerza de sus milagros. Su doctrina era mágica, su fé era fanatismo. Creía imposible que el mundo se apasionara de una doctrina puramente moral como la doctrina cristiana, y estimaba que los grandes principios de justicia de la nueva iglesia debían ser parte á retardar su triunfo. Engañábase miserablemente la escuela gnóstica. El Cristianismo po-

dia estar seguro de la regeneracion del mundo porque comenzaba regenerando al hombre. En la raiz de la vida, en la voluntad humana iba á inocular su poderosísima savia. Al hombre esclavo iba á revelarle la libertad. Sobre todos los ritos antiguos iba á poner la conciencia; sobre todas las prácticas, la fé. Su palabra sencilla y clara se dirigia al corazon, á persuadir la voluntad para el bien. Habia mostrado que todos los principios metafísicos no valen lo que vale la virtud; que la inteligencia no vive sino cuando se alimenta del bien. Ahí estaba su secreto, ahí su porvenir, ahí su gloria. El Cristianismo ofrecia al mismo tiempo el bien, y la salud, y la vida á los hombres. Al prometer el bien supremo planteaba otro problema no menos pavoroso y sombrío, el problema del mal. A esta cuestion pavorosa y trascendental, á esta cuestion, que habia sido el fantasma de los pueblos orientales, á esta cuestion que el panteísmo no podia resolver, que el dualismo persa habia planteado; á esta cuestion, que fué el tormento de Job cuando se veía inocente y castigado; á esta cuestion, que solo el Cristianismo debia conocer, se unió en gran parte todo el movimiento de las escuelas gnósticas, necesitadas de dar alguna fuerza á su doctrina que se perdia en las nubes. Creo haber estudiado el gnosticismo en sus caracteres principales. Estudiemos ahora sus principales determinaciones.

La doctrina gnóstica nace al mismo tiempo que nace el Cristianismo. Los Apóstoles ya hacen alusiones á ese extravío de los entendimientos, á esa perversion de los corazones. San Pablo, que es el más grande, y el más previsor, y el más práctico de los discípulos de Jesús, confiesa que es necesario preservarse de ese mal, ajustar las acciones á la ley del Evangelio, que guardan pura la fé apartándola de esas brillantes doctrinas que poblaban de ángeles, de dioses, de genios, de demonios el universo; despreciar esas largas genealogías que llevaban la turbacion á la conciencia y la guerra al mismo cielo. Y en efecto, en Siria se hablaba de un mago particular, que se llevaba tras de sí el corazon de las gentes. Su palabra estaba iluminada por extraños reflejos, su inteligencia cubierta por profundísimos misterios. La historia de este hombre era un misterio cuya clave solo él poseia. El mundo necesitado de amar y de creer, seguia las huellas de todos los que amaban y creian, ó fingian creer y amar. Simon el Mago, que tal era el nombre de este hombre extraordinario, predicaba que la revelacion mosaica era una revelacion imperfectísima de un genio imperfecto; que Jesucristo es una segunda revelacion de Dios; que él mismo es la imágen del Padre descendida para mostrar toda su esencia; que desde el cielo cae constantemente una inmensa catarata de genios y espíritus y ángeles para vivifi-

car la creacion; que la primera de las emanaciones divinas es su pensamiento, su Verbo, en que está grabada la idealidad del mundo sensible; que el pensamiento fué vencido por los genios inferiores y encerrado, cual vil esclavo, en un cuerpo; que todas las cosas debian al pensamiento su vida, é ingratas se olvidaron de su origen; que el Redentor venia á libertad el pensamiento de su servidumbre, á sacarlo del fondo de la impura materia, á subirlo al cielo para que extendiera sobre la creacion todo su dominio. Esta doctrina de que ya hemos hablado en otro lugar, predicada en el fondo de los ardorosos desiertos, seguida de portentosos milagros de la magia, idealizada por la presencia de una hermosa esclava llamada Helena, que seguia siempre á Simon, admirablemente concertada en el espíritu y con el genio mágico del Oriente, por su carácter particular, tendia á hacer imposible, ineficaz la difusion en el mundo de la admirable doctrina de Jesucristo. A la doctrina de Simon el Mago unen muchos santos Padres la doctrina de Saturnino. Este tiene una tendencia al dualismo, pero tendencia no bien señalada y distinta. Dios está en el cielo y es incommunicable, eterno é infinito; y los ángeles son sus creaciones, sus hechuras; y el mundo es hechura de los ángeles, que depositan todo su poder en la materia bruta; y el eterno habitante del mundo es el hombre; y el hombre nació débil, enfermizo,

arrastrándose en la tierra como se arrastra el mísero reptil en el polvo, porque los ángeles, entre los cuales se contaba el Jehová de los judíos, no pudieron hacerlo mejor; y el Verbo le envió su aliento, su soplo de vida, para que irguiera la encorvada frente y se coronara rey de la naturaleza; y los ángeles se apoderaron de fuerzas que no eran suyas, y quisieron separarse de Dios, y formar muchos dioses; y vino el Cristo á combatir estas fuerzas congregadas contra su señor; y el espíritu abrió una nueva vida y se hundió más profundamente la materia, porque el espíritu es el sér y la materia es el mal, y debemos separarnos de ella si hemos de ser libres y felices. En esta doctrina, como fácilmente se echa de ver con solo pararse un momento á contéplarla, el Verbo, si bien no está bastante claro, es muy parecido al Verbo de los cristianos, y el mal está explicado, no en un sentido dualista, sino como un engendro necesario de la materia. Toda la exposicion de estas doctrinas muestran cuán fundadas han sido mis observaciones, y cómo la escuela gnóstica confundia en su caótica mente todas sus ideas.

La idea del mal era el torcedor de estos extraviados cristianos. Esa idea estaba siempre fija en su memoria, siempre delante de sus ojos. Poco á poco la escuela gnóstica iba á dar en el dualismo. El espíritu oriental se habia apoderado de su es-

píritu, y el espíritu oriental es dualista por naturaleza. El Oriente, que no comprende la limitación, no comprende el mal; el Oriente, que no conoce la libertad, no puede explicarse cómo el mal llega hasta el hombre. El Oriente, que no concibe una ley intermedia del hombre á Dios, no puede concebir cómo Dios que todo lo llena ha podido crear en consonancia con su eterna justicia el mal, que es la mancha de la vida. El gnosticismo tenderá á explicar este eterno torcedor del Oriente. Y á tal fin se encaminará muy principalmente la doctrina de Basilides. Este gnóstico empieza como todos pronunciando la primer palabra de su ciencia, el nombre incommunicable de Dios. El Dios-Padre es el sér absoluto, el sér bueno y justo por esencia. Pero ese Dios no puede estar encerrado en el silencio de su naturaleza y de su absoluto poder, necesita manifestarse en grandes y maravillosas manifestaciones. Dios como es la vida, engendra vida, produce séres. La primer manifestacion, su primer engendro, el más cercano á su naturaleza y á su esencia fué la razon, y por eso la razon es el instrumento de toda verdad. La razon, recibiendo un impulso tan soberano de Dios, no podia permanecer en la inmovilidad y en la inaccion. El hijo primogénito de la razon divina fué el Verbo. El Verbo debia tener ese amor inmenso que irradia fuera de nosotros la vida, y por consiguiente el Verbo debia irradiar de sí la

inteligencia. La inteligencia desarrollándose dá de sí la sabiduría, y la sabiduría el valor para dominar las pasiones, y el dominio de las pasiones la justicia, y la justicia la paz. Como se vé, el gnosticismo no abandona el carácter moral propio de la idea cristiana; pero temiendo que esa moralidad sea poco eficaz, la paganiza, si es permitida la expresion, la encarna en séres, que despierten amor en el corazon del hombre, porque el hombre no ama nunca las abstracciones. Estas virtudes, razon, verbo, inteligencia, fortaleza, justicia y paz, forman la ciencia divina. Despues las creaciones posteriores de Dios no tienen el poder, no tienen la vida que estas primitivas creaciones hechas dentro de su naturaleza y de su esencia. Las creaciones posteriores de Dios son como efluvios, como degeneraciones de su poder, que van perdiendo de brillo como pierde de brillo el horizonte, á medida que el sol vá replegando sus rayos y hundiéndose en el ocaso. Los ángeles, los arcángeles vienen á ser como creaciones imperfectas de Dios. Y ya las últimas irradiaciones del poder de Dios son como sombras, son como el mal. Aquí Basilides se detiene á fin de evitar un profundo abismo. ¿Cómo el mal ha de provenir de Dios que es la ciencia absoluta, de Dios que es la bondad suprema, de Dios que es el poder infinito? Entonces Basilides busca instintivamente el origen del mal, y vé el Satan maldecido, el Satan encadena-

do, el Satan orgulloso, levantándose como un poder frente á frente de Dios, y originando todos los males que agobian á nuestra naturaleza. Pero despues de haber asentado esta idea se encuentra fatalmente con un gran escollo inevitable. Si el mal es un poder, si el mal se levanta frente á frente de Dios, si el mal tiene un reino á donde la diestra del Eterno jamás puede alcanzar, levantaiis un Dios frente á frente de otro Dios, y si el uno es el Dios del bien y el otro el Dios del mal, las dos son fuertes, los dos son poderosos. Basíledes contesta á este escollo inevitable de su doctrina, diciendo que el mal no es, no puede ser absoluto. El mal es necesario porque es para el perverso un castigo, para el justo una purificacion. Si el mal no existiera, ni el perverso podria ser castigado ni el virtuoso probado. El mal no es sino una degeneracion del bien; porque el mal absoluto no existe, no puede existir; las últimas degeneraciones, ó mejor dicho, la última degeneracion de Dios es la materia. Basíledes considera la materia como un conjunto de fuerzas alteradas y viciosas, que pugnan por borrar la obra de Dios, el bien de Dios en la creacion universal. En cuanto al mal en el hombre, la explicacion es más sencilla. Solo el hombre que participa de alguna ciencia divina es justo. Los justos son tales por naturaleza como los perversos. El dualismo, que Basíledes evitaba en la esfera del mundo, lo comete

en la esfera del alma. Jesucristo solo ha venido á salvar á los buenos. Estas son las bases principales de su doctrina.

Basíledes aún se sostenia en una esfera que si bien errónea, no era extremada ni traia consigo los graves males que por todas partes derramaban sus discípulos. Estos, llevando á su extremo las doctrinas de su maestro, adulterándolas, cayeron en muy graves errores metafisicos y morales; negaban que la Pasion de Cristo fuera realidad, y la tenian por mera apariencia; creian que la Redencion habia tenido por único objeto elevarnos del fondo de este mar de la vida inferior á otra vida superior, pero material y guerrera; proclamaban que comprender la doctrina de las encarnaciones era tanto como hacerse incomprendibles á los ángeles y á los sabios y potestades del mundo; andaban inciertos en llamar á su criterio fé ó ciencia; despreciaban las buenas obras y las virtudes, y decian que basta conocer la gnosis para llegar al bien; asistian á los sacrificios paganos manchándose con la sangre de las víctimas; se daban á todo linaje de desenfrenados goces, porque creian que el cuerpo era el mal destinado á perecer; estimábanse como los hijos predilectos de la naturaleza y los elegidos de Dios, y aseguraban que aunque cometiesen toda clase de crímenes su eleccion era irrevocable; sostenian que su doctrina era superior al mundo espiritual, superior á



toda doctrina, incomprendible para los entendimientos que no estuvieran iniciados en su secta, y caían en un dualismo grosero y absurdo, como si trataran de interponerse entre Dios y el hombre, entre la conciencia humana y la nueva religión, para que no se renovara nuestra vida al calor de la verdad, que venía á ser como la virtud de nuestra alma, como la eterna presencia de Dios en la naturaleza y en la historia. Así el gnosticismo iba levantando problemas para que la teología cristiana los resolviese. Así arrojaba en el camino triunfal del Cristianismo las antiguas creencias, los errores de todas las escuelas, las religiones de todos los pueblos, los pensamientos de todas las sectas, para que el Cristianismo no perdiera la herencia de la civilización que le había precedido en el tiempo, y que había arrojado entre sus errores muchas verdades necesarias para que no se interrumpiera ni un solo día la trama de nuestra vida en la historia.

El gnosticismo tiende más tarde á un idealismo absoluto y vive en continuo delirio. El orientalismo no sólo influye, absorbe completamente el espíritu de esta escuela. Y al Oriente, al genio misterioso de la naturaleza, se une Platon, el intérprete del alma; Pitágoras, el gran sacerdote del simbolismo oriental que se abre sobre la Grecia para comunicarle la vida de las edades pasadas, y Zenon, el apologista de la virtud y de la severi-

dad de la vida. Para el nuevo movimiento que personifica Valentino, el mundo, por sus grandes imperfecciones, no puede ser obra de Dios, sino degeneración de Dios; porque la materia es el mal. Dios no puede ser comprendido por el hombre, porque la mísera criatura no puede levantarse hasta contemplar el sér absoluto y eterno; pues sólo el reflejo lejano de su poder y de su gloria sería bastante á cegarla, á consumirla. Dios se llama silencio y se llama abismo, porque en su inmensa soledad es insondable. Y de Dios se derivan varias naturalezas dobles, que son como los eslabones de la inmensa cadena de los séres. Dios engendra el macho y la hembra, la unidad y la variedad, la esencia íntima y la fecundidad, la razón y la verdad, el Verbo y la vida, el hombre y la Iglesia. De aquí se derivan otras creaciones gemelas hijas de las generaciones superiores, que pueblan los infinitos espacios. El mundo, este mundo tan vario, lleno de tantos séres de doble naturaleza, de tantas semillas contrarias, de tantos elementos distintos y opuestos; este mundo, que ya se corona de flores, ya se agita al embate de las tempestades, no es un mundo hijo del amor, sino un mundo ideado por un Dios poseído de un vértigo y de un delirio. Pero esta degeneración, esta pérdida del mundo, que cae en tan profundos abismos y se despeña continuamente, necesita del Verbo, del Redentor. El hijo desgraciado de la

tierra es el hombre, en que se han unido el espíritu y la naturaleza. El hombre no es uno en esencia, no; su naturaleza, según los gnósticos, es desigual, porque según los elementos que entran en su composición, así pertenece á una de las castas. De tres elementos se compone el hombre, de cuerpo, alma y espíritu. El hombre, en quien predomina el cuerpo, es como un esclavo, pues la luz del espíritu no llega á su naturaleza. El esclavo del error, el que se sume en las espesas tinieblas del mundo material es el pagano. Pero hay otra luz superior de la vida que purifica más la naturaleza humana y la dispone á recibir la verdad. Esta luz superior es el alma. El alma forma la segunda raza, á la cual pertenecen los judíos. Pero aun hay otra luz más clara, más intensa, derivada de un origen superior, de un origen más cercano al eterno centro de la vida; y esta luz impalpable, superior, que todo lo inunda, es el espíritu. La gran obra de Jesucristo, la obra superior y divina de su predicación, la unidad espiritual del género humano, esta obra se hallaba amenazada por el gnosticismo, la serpiente oriental, que aun no vencida, se arrastraba cautelosamente al pié de los altares cristianos para apagar su fuego; sí, su fuego, que debía ser el calor de un nuevo mundo, la vida de una nueva civilización, el espíritu inmortal de infinitas generaciones.

Esta doctrina, de un espíritu fantástico, de una

escuela embriagada en sus delirios, cuya imaginación estaba poblada de sombras, de espectros, de fantasmas, de ídolos, de dioses, de genios; esta doctrina que mezclaba el espíritu artístico de Grecia con el vapor que despedían los altares orientales; que recogía todos los ecos de los templos antiguos, todas las armonías de las liras que producían todos los poetas; esta doctrina que retiraba á Dios del mundo, colocándole en el último confin de la vida, que lo velaba con un negro sudario, que lo comparaba al silencio que reina sobre la noche y á los abismos que guardan los mares; que veía en todas partes contradicciones sin armonía, elementos enemigos y opuestos; que tomaba por base de la creación los átomos esparcidos en todas las esferas por el soplo creador; que demolía el mundo material y lo manchaba con maldiciones continuas; que se anegaba en un misticismo naturalista, sofocando al hombre con las emanaciones de la naturaleza; que enterraba la libertad, esa eterna esencia de la vida; que volvía sobre las huellas de la humanidad en su largo camino por el tiempo; que desde el seno de un materialismo grosero se levantaba al éter de un idealismo vago, indeciso, y desde el cielo del idealismo volvía á caer en el materialismo, á hundirse en el lodo del mundo; que quitaba á la nueva religión su carácter moral, aquel carácter que es como la esencia de su vida; que distraía á la conciencia de la